



Detalle del fresco "El triunfo de Santo Tomás" (ca. 1365), de Andrea Bonaiuto, Capilla de los españoles en Sta. María Novella (Florencia)

LA RIQUEZA FILOSÓFICA DE LA EDAD MEDIA

Nadie hoy duda de la gran fecundidad filosófica que supuso el amplio periodo que denominamos Edad Media. La caída del Imperio romano, la expansión del cristianismo y el advenimiento del sistema feudal dibujaron un paisaje totalmente diferente al de las antiguas metrópolis imperiales donde se venía cultivando la filosofía. Ahora es en la vida monástica principalmente y desde el diálogo con la Sagrada Escritura y la teología, a partir de la base crucial que supuso la patrística, como va germinando un nuevo modo de pensamiento, en el que, de otro lado, van a resultar claves la transmisión escrita de las fuentes clásicas griegas y árabes y la traducción latina como medio vehicular para las diversas escuelas catedralicias y luego universidades en Europa. Este nuevo modo de pensar, que parece enclaustrado en los monasterios, cultivó sin embargo una gran conciencia de red de intercomunicación entre las diversas escuelas y fuentes. Lejos queda esa imagen propiciada por Hegel en sus Lecciones de Historia de la Filosofía, por la que sobre la filosofía medieval se podría pasar con «botas de siete leguas». No obstante, acaso por esa gran interconexión y cierta unidad de género y modo de transmisión, la filosofía medieval y la escolástica pudieron llegar a suponer un hiato o una barrera frente a la filosofía moderna, que se expresó de modo más libre, tanto en su forma como en sus ideas respecto a los dogmas de fe del cristianismo. A pesar de ese innegable hiato, es evidente que muchas de las cuestiones, problemas y conceptos generados en el medioevo pervivieron con fuerza en la modernidad, pero también hay que constatar que actualmente los filósofos medievales, salvo sus representantes más destacados (San Agustín, Sto. Tomás de Aquino), no suelen aparecer citados en los ensayos filosóficos generales, a diferencia, por ejemplo, de los filósofos griegos. Sería bueno reflexionar sobre este hecho. Es oportuno no dejar de atender a la riqueza que la filosofía medieval sigue ofreciendo para nuestro presente, no sólo en la perspectiva metafísica y teológica, sino también en aspectos éticos y antropológicos, en la teoría política y jurídica, en la consideración de la historia (como el caso relevante de San Agustín), y en interesantes disquisiciones lógico-gnoseológicas y de filosofía natural, especialmente desde la recepción de Aristóteles en Sto. Tomás y otros. De otro lado, el rigor argumentativo y el tratamiento de los textos propios de esta filosofía, se diría que se mantiene entre los medievalistas, y además hay que advertir cómo el estudio filosófico del medioevo sigue vigente en las diferentes tradiciones filosóficas: la anglosajona, más analítica; y la continental, más hermenéutica y especulativa. Esta presencia plural es sin duda reflejo de esa innegable riqueza de la filosofía a lo largo de la Edad Media.

El elenco de artículos que publicamos en este número quiere rendir tributo a esta riqueza y dar cuenta de la calidad y variedad de las investigaciones en torno a la filosofía medieval, tanto en su estudio de las fuentes y sus ejes intrínsecos, como también en relación con su influencia posterior y su diálogo con algunos pensadores contemporáneos. A la primera gran luminaria de toda la filosofía medieval, San Agustín, se dedican tres trabajos. El primer artículo estudia la evolución del Obispo de Hipona en torno al final de la historia y la escatología, que en su madurez se distanciaría de la interpretación

milenario y carnal del Juicio final, dominante en la primera patrística; siendo en cambio el reino de Dios no sólo algo venidero sino ya presente, que ofrece una alternativa al mal en la historia. El primer estudio vuelve sobre *La ciudad de Dios*, para analizar la fuerza *performativa* que Agustín otorga en esta obra a la palabra, mostrando la inteligencia y lucidez del análisis agustiniano del uso del lenguaje, por ejemplo en sus críticas al discurso político romano. Entre las múltiples proyecciones de Agustín en la historia de la filosofía, el cuarto artículo aborda la presencia de su noción de ira en Francisco de Sales, aportando un interesante diálogo también con las implicaciones morales de la ira en diálogo con el pensamiento greco-latino y medieval. El segundo artículo aborda otra pasión fundamental, como es el dolor, en Sto. Tomás y en un pensador contemporáneo como L. Pareyson, para hacer una síntesis entre la visión metafísica del primero y la más experiencial del segundo. Al Aquinate se dedican otros tres textos. El cuarto estudio aborda un tema fundamental del análisis del lenguaje moral, como es la falacia naturalista en las exposiciones críticas de Hume y Moore ante toda formulación del deber ser, ofreciendo una contraargumentación desde la fundamentación ontológica tomista de las relaciones entre la teoría y la práctica. El sexto artículo nos lleva también a la riqueza analítica de la teoría del conocimiento en Sto. Tomás, profundizando en la relevancia que en los últimos tiempos va adquiriendo su noción de « semejanza » y los aspectos relacionales, en sintonía con los actuales modelos cognitivos. De otro lado, el tercer estudio presenta las críticas del canadiense L. Dewan a Étienne Gilson en torno a la célebre fórmula: *quidditas Dei est ipsum suum esse*, entrando así en uno de los temas cruciales de la teología natural de Sto. Tomás: el problema de la esencia de Dios. En esta línea temática y pasando a otro filósofo medieval fundamental, el quinto artículo nos devela el importante cambio de Duns Escoto en la primera de las *Cuestiones a la metafísica de Aristóteles*, que propone el tema de Dios como objeto principal de la metafísica y de la razón natural y no simplemente el ente en cuanto tal. Este cambio de posición lo argumentará Escoto frente a Averroes y Avicena desde la noción aristotélica de ciencia. La figura de Duns Escoto recibe cada vez más atención por parte de los medievalistas, y así reunimos, junto al ya citado, otros tres trabajos que dan cuenta de la amplitud e influencia del legado escotista. El séptimo artículo expone el tema de la unidad del objeto de la lógica en el pensador escocés, demostrando que es el silogismo lo que dota de unidad de atribución a esta ciencia, siendo en cambio su carácter intencional lo que aportaría la unidad de predicación, y sentando con esto una diferencia radical con la tradición aristotélica. Si Duns Escoto recibió el testigo afianzado por Sto. Tomás del diálogo con la filosofía árabe y las fuentes aristotélicas, hay que recordar que la *Física* aristotélica junto a la *Lógica*, ya tuvo una importante influencia anterior en cuestiones de filosofía natural, como nos recuerda el tercer artículo y su revelador análisis en torno al comentario de R. Grosseteste del L. VII de la *Física*. Pero volviendo a Duns Escoto, el quinto estudio nos desvela cómo la influencia del pensamiento escotista traspasará pronto las mismas fronteras europeas. El texto nos presenta un curso inédito del Chile colonial sobre teoría del conocimiento *ad mentem scoti* del chileno Fray de Fuica, datado en 1689. El modo escolástico y latino adoptado por la filosofía y la teología medieval supuso, especialmente en la expansión colonial española y portuguesa en América, un vehículo crucial de globalización y transmisión del pensamiento europeo. Desde un punto de vista doctrinal, la filosofía medieval se caracteriza sin duda por el diálogo entre razón y fe, por el encuentro y fusión del cristianismo con la filosofía grecolatina clásica; vista desde un aspecto más filológico y en sus formas de transmisión y consolidación, hoy hemos de valorar también su gran esfuerzo de traducción y su densidad hermenéutica. El último estudio, en este sentido nos ofrece una genealogía del término latino « metafísica » a partir del término griego para los libros aristotélicos que iban « después de la física », mostrando los avatares que acabaron transformándolo en una ciencia y parte fundamental de la filosofía. La filosofía en la Edad Media se nos muestra aún hoy como un complejo diálogo y cruce de influencias, ineludible para entender la cultura occidental.

Ricardo PINILLA BURGOS
Director de PENSAMIENTO